do él bien conocido en Roma, fácilmente hubiera encontrado quien le socorriese, mientras que aquel sacerdote, por ser forastero, no podia hallar con tanta facilidad una mano amiga y generosa.»

Pero aun hasta los animales participaban de la piedad de su corazon; pues que á mas de llevar á mal que se los maltratára sin motivo, no permitia cuando le regalaban alguno que de ningun modo le matasen; y así ó le volvia á mandar á su dueño, ó hacia que le cuidasen y diesen bien de comer. Aceptó en una ocasion dos pájaros que le regaló un francés llamado Luis Ames; mas lo hizo con condicion de que este habia de ir á darles de comer, y esto solo con objeto de dirigir por el buen camino el alma del atento francés; pero cayendo malo Felipe, y saliéndose de la jaula los pájaros empezaron á volar al rededor de su lecho, cantando dulcemente y sin separarse de él á pesar de espantarlos, dando así visibles muestras de su gratitud al Santo.

CAPÍTULO XI.

Conserva Felipe su pureza desde la juventud, y aunque el demonio trata de manchar de varios modos su candor virginal, él sin embargo se mantiene puro hasta la muerte.

Lo primero en que pensó Felipe fué en conservar ilesa y sin mancha la blanca azucena de su pureza virginal. Apenas llegó á la edad de la discrecion, cuando conociendo lo grato que es á Dios el aroma de aquella flor se propuso conservarla con todo esmero, para que ni el hálito mas leve pudiera lastimarla. Así es que ayudado de la gracia llegó á un grado de pureza tan singular, que parecia mas bien angélica que humana, y no menor, segun el testimonio de su amigo Gallonio, que aquella que por especial favor del cielo tuvieron Lázaro conde de Ariano, y Simon Salo, tan alavados por Surio. Reflejaba en su rostro el esplendor de esta pureza angélica; por lo que con dificultad podian fijarse en él los ojos, quedando deslumbrados por el fuego que brillaba en sus pupilas, como lo confirmó el padre Juan Rho, de la Compañía de Jesus, con

estas palabras: *Philippi oculorum lux plane fuit admirabilis*. Y aun en la edad decrépita tenia tal viveza en ellos, que por mucho que se hayan esmerado los pintores mas célebres, jamás han podido copiarlos, siendo causa de que muchos dijeran que al mirarle solo de paso, les parecia ver un rostro angélico.

Exhalaba una fragancia tan suave de sus carnes virginales, que confortaba á los que estaban cerca; y muchos afirmaron que les causaba devocion aquel olor que sentian en sus manos y pecho. Ni la vejez, ni las largas enfermedades bastaron para disminuir esta celestial fragancia; y así fué que habiendo entrado una vez en su cuarto para confesarse Fabricio Aragon, mantuano, y hallándole enfermo en cama, juzgando que por ser ya viejo despediria mal olor, se acercó á él de mala gana, pero estrechándole el Santo en su pecho sintió tan suave olor, que quedó sorprendido, no sabiendo con qué compararle, hasta que conociendo despues por lo que oyó á todos la pureza virginal de Felipe, no dudó afirmar que aquel olor estraordinario nacia de su virginidad. La misma dicha disfrutó Juan Bautista

Lamberti, beneficiado de S. Pedro, cuando inclinó la cabeza sobre el seno del Santo para recibir la absolucion sacramental. Era tan grande su pureza que parecia, mas que de carne, de mármol ó bronce, por la insensibilidad de su cuerpo; y él mismo decia que habia recibido en este punto tanta gracia de Dios, que para él lo mismo era tocar un objeto que otro. Exento por dispensacion divina, de todo movimiento de la carne, particularmente despues de haber conseguido una gloriosa victoria que pronto referirémos, fué asimismo preservado de los sueños torpes de los cuales era tan enemigo que dijo á Baronio, «que indudablemente hubiera muerto de dolor si hubiese tenido alguno».

Furioso el infierno al ver tanta pureza en un hombre mortal trató de mancharla, valiéndose de varios medios, pero sus artificios sirvieron para hacerla tanto mas gloriosa, cuanto mas combatida. Era aun jóven y seglar, cuando hubo de quedarse á dormir en casa de un amigo en la que habitaba una jóven tan bella como pervertida. Instigada del demonio, valiéndose de la ocasion, entró de secreto

en el cuarto en que reposaba el Santo, y con mil ademanes halagüeños trató de robarle el bello tesoro de su pureza; pero él, socorrido de la divina gracia, con santo atrevimiento lanzó fuera á la impudente, quedando victorioso en aquel inopinado y peligroso conflicto. De otro modo hubo de combatir en otra ocasion, no con una sino con dos mujeres audaces, que á propio intento se dirigieron á asaltar su castidad, juzgando acaso el demonio ya vencido en el primer lance, que quedaria vencedor repitiendo los asaltos, y duplicando los instrumentos. Inspiró pues á algunos jóvenes de mala vida que la pureza de Felipe no era lo que la fama decia, y que por lo tanto se manifestaria débil en las pruebas. Con pretesto pues de agasajárle indujeron al Santo jóven á que fuese á su casa, en donde le encerraron en un cuarto con dos mujeres de mal vivir. Entre aquellas tan grandes angustias no tuvo el Santo otras armas para defenderse que la oracion; pero fué esta tan poderosa, que habiéndose puesto de rodillas no se atrevieron á acercársele aquellas miserables, sino que llenas de confusion se vieron obligadas á retirarse.

Gravísimo sin embargo fué el asalto que tuvo que sufrir de una famosa ramera llamada Cesarea, la cual oyendo hablar tanto de la pureza de Felipe ya sacerdote y confesor, juzgó que añadiria mérito á su desfachatez si conseguia inducirle á mancharla; y confiando en las armas de su belleza se prometió rendirle. Fingió al efecto estar enferma, y que queria limpiar su conciencia de sus torpezas; y con este pretesto hizo llamar á Felipe para que viniese al instante á confesarla. Escusóse el Santo, manifestando que no se habia impuesto en aquella edad el cargo de convertir á mujeres de mala vida; pero reiterando sus ruegos la miserable, poniéndole delante el peligro en que se hallaba su alma, él siempre amante de la salud del prógimo, se decidió á ir confiado en el favor del cielo. Llegado que hubo á la casa se encontró con que, lejos de estar enferma, trataba de darle la muerte; pues con caricias y cubierta de un sutil velo, le salió al encuentro. Conociendo al punto Felipe el engaño, y resguardándose con la señal de la Cruz no solo le volvió las espaldas sino que como guerrero esperimentado en tales

batallas huyó precipitadamente de ella. Entonces la infeliz, considerándose burlada, llena de indignacion cogió un escaño, que halló á mano, y con cuanta fuerza le suministró su rabia lo lanzó contra él; pero el Dios que le habia preservado de los peligros del alma le libró tambien de los del cuerpo, saliendo ileso del golpe, lo que atribuyó á un puro milagro. Agradó tanto al Señor esta generosa fuga de nuestro casto jóven, que desde entonces, como se dijo arriba, quedó libre de todo movimiento carnal.

No contento el demonio con asaltar la pureza de Felipe por medio de sus instrumentos, trató él mismo de mancillarla; por lo que siendo aun jóven, y yendo, segun su costumbre, á la basílica de S. Juan de Letran, al pasar por el Coliseo vió al demonio disfrazado bajo la figura de una persona desnuda, incitándole entre tanto con pensamientos torpes; pero el Santo jóven con las armas de la oracion le venció valerosamente. Lleno de cólera el maligno espíritu porque con toda su arte no habia podido manchar aquel candor, le ensució el vestido mientras oraba en presencia de otros.

Con victorias tan notables, se hizo tan fuerte su pureza, que no solo cuando reinaba ya en el cielo, y se conjuraba el mal espíritu de algun endemoniado *propter honestatem Beati Philippi*, sufria un tormento indecible el enemigo de las almas, como aparecia por los estraordinarios movimientos y contorsiones de aquel infeliz hasta quedar libre; sino que aun viviendo en el mundo adquirió tal dominio sobre el maligno espíritu, que cuando sus penitentes se veian asaltados de una tentacion impura, con hacerles decir: «Te acusaré á Felipe», desaparecia la tentacion. Así lo esperimentó, entre otros muchos, una jóven que quedó viuda á los catorce años, y que atormentada de tentaciones sensuales, no encontrando remedio que la curase, la mandaron al fin los confesores al Santo, el cual le dió esta saludable receta: «Cuando te sientas importunada por el demonio con estímulos impuros, dile *te acusaré á Felipe*»; con cuyas palabras quedó la jóven libre de aquellos peligrosos asaltos, y aun afirmó ella misma que de este modo se libró de otras fuertes tentaciones; por lo que fundadamente se notó en la bula

de su cononizacion que *Philipus tentationes diaboli repellebat mirabiliter.*

Libró á muchísimos de caer en torpeza poniendo sobre ellos sus purísimas manos. Algunos se sentian inclinados á la pureza solo por hablar con él, otros muchos con acercarse á su pecho ardian en deseos de conservar su castidad, y muchos otros, por último, con solo el contacto de cualquier cosa que él hubiera usado, quedaban luego vencedores en las batallas de la sensualidad. Antonio Fucci, de *Città di Castello*, que por su profesion de médico tenia que visitar y tratar con mujeres, sentia al medicinarlas no pequeños estímulos de impureza; por lo que estaba resuelto á mudar de ejercicio, como se lo manifestó á Felipe, el cual movido á compasion porque no tenia con que sustentarse, quitándose una cinta se la dió, asegurándole que no volveria á sentir mas molestias, si tenia la advertencia de no mirar al medicinar sino lo que fuera preciso. Tomó Antonio la cinta, y observando el consejo, como si con aquella hubiera sido ligado el espíritu de la lujuria, no volvió á sentir los antiguos estímulos; pudiendo con-

siderarse digna por lo tanto de que en su honor se instituyese una órden mas célebre que la de la *Liga*, que por otra cinta fué fundada por el rey Eduardo III en Inglaterra.

Finalmente aun sus mismos cabellos fueron conservados despues de su muerte como poderosos contra las tentaciones, y particularmente contra los sueños torpes; por lo que muchos los llevaban siempre consigo, como un talisman contra el pecado, como lo esperimentó Estéban Calcinardi, que yendo á pasearse un dia hácia la Trinidad de los Montes se encontró, por su mala suerte, con una paisana suya, la cual con el pretesto de hablarle de no sé qué asunto le incitó al mal; y ya estaba él al borde del precipicio, cuando sintiendo un golpe en la parte del pecho, en que llevaba los cabellos de Felipe, cayó en tierra sin aliento; despues oyó la voz del Santo que le decia: «¿Qué es lo que vás á hacer? levántate y huye del pecado». Por el tono de la voz, y por aquel duro golpe, como si volviera de un profundo letargo, reconociendo Estéban el peligro huyó al punto de él.

No tenia menor eficacia contra los demonios

esta pureza del Santo, porque cuando los conjuraban por ella, en los horribles ahullidos y gestos con que se enfurecian los energúmenos, mostraban bien cuán formidable les era este exorcismo. Entrando el infernal espíritu en una mujer, la puso tan fija é inmoble en la calle, que muchos hombres no bastaron para hacerla dar un paso. Llegó allí Tiberio Astalli, y sin advertirlo ella, le puso al cuello un rosario que habia sido del B. Padre; y no pudiendo el demonio sufrir aquella reliquia, santificada tantas veces por las castísimas manos del Santo, comenzó á gritar: «Me han puesto fuego en el pescuezo.» No pudiendo pues soportar tan vivo incendio, salió de la mujer, la cual luego fué conducida á su casa fácilmente.

Poseian tambien estos malignos espíritus á una niña que hablaba latin con asombrosa perfeccion, y el Párroco la llevó para conjurarla ante una imágen de S. Felipe. Muy luego se vió la virtud del Santo; porque no pudiendo ellos sufrir esta vista, salieron furiosamente del cuerpo gritando en altas voces: «Felipe me arroja de aquí; Felipe me echa fuera.» Certificó despues la inocente niña que habia

visto un hermoso viejo semejante al de la pintura, por cuyo medio la dejaron libre aquellos diabólicos espíritus.

Pero quizás admirará aun mas este otro caso. Estando dominado de una gran tentacion por veinte horas seguidas Vicente Valesio, sacerdote y doctor en leyes, sin poder librarse de ella, ni aun cuando celebraba el divino sacrificio, leyó despues este hecho en la *Vida* del Santo y encomendándose á él quedó libre de ella, de tal modo, que aunque despues procuró varias veces recordarla no lo consiguió, habiendo perdido hasta su memoria; por lo que en accion de gracias puso en su sepulcro una tabla con las siguientes palabras: *Anno Domini* 1601 *dum viginti horis Angelus Satanæ me colaphizat, licet pluries Dominum rogaverim, ut à me recederet, non obtinui; sed dum Beati Philippi vitam, et miraculorum librum perlego, et ad illud Stephani de anno* 1595 *devenio, implorato ejusdem Beati auxilio, statim recessit.*

Llegó finalmente á tal grado la pureza de Felipe, que conocia al punto la impureza de los demás, y así si al ir por la calle encon-

traba alguna mujer de mala vida, aunque no la conociese, era tal el hedor que sentia, que se veia obligado á taparse la nariz; y aun á sus penitentes, cuando llevaban algun pecado impuro, antes que empezasen á confesarse solia decirles: «Hijo mio, ya conozco tu pecado»; por lo que temian acercarse á él, soliendo decir el Santo «que no habia en el mundo un hedor mas fétido que el de la impureza.»

Además de lo dicho, pruébase la grande honestidad de nuestro Santo, por el testimonio que dieron de ella Persiano Rosa y Cesar Baronio sus confesores, y por la fama de su virginidad, tanto en Roma como en Florencia, y finalmente por el testimonio de él mismo; pues estando á los últimos de su vida, é induciendo á uno á la castidad, para mostrarle con la esperiencia que el hombre ayudado de la gracia puede ser no solo casto sino aun vírgen, le dijo sincera y confidencialmente, «que él habia recibido del cielo esta gracia.» Con razon pues la sagrada Congregacion de Ritos como exacta investigadora de las virtudes de los siervos de Dios, dijo «que estaba sobradamente probada la virginidad perpetua de Felipe».

Mas si grande fué su virginidad no fué menor el cuidado con que la conservó. Dejo empero aparte por ahora su humildad, que es la mejor guarda de aquella: la mortificacion del cuerpo, los ayunos, vigilias y penitencias con que castigaba su carne inocente, que son las armas con que se combate la concupiscencia, y sus continuas oraciones, que son las mediadoras para obtener de Dios este don; y paso á referir solamente el cuidado que tenia con sus sentidos y la cautela con que se dirigia en el trato del mundo. A imitacion del grande Antonio, no permitió que nadie viese jamás desnuda ni una pequeña parte de su cuerpo: sus labios nunca pronunciaron una palabra descompuesta: tuvo tal cuidado con la vista, que habiendo confesado por treinta años seguidos á una señora de las mas bellas de Roma, pudo esta afirmar que no la miró ni una sola vez. Mostrábase severo y áspero con las demás señoras á quienes confesaba, y en un principio oia de mala gana sus confesiones, si bien á lo último se mostró mas benigno tambien con ellas.

De las advertencias que hacia á los demás para que se libráran de las manchas de la impureza puede deducirse cuán grande era su propia cautela. Advertia á los confesores «que no confesasen mujeres sino cuando mediase entre ellos y ellas la reja: que evitasen las conversaciones largas: que usasen de palabras mas bien ásperas que suaves: que se abstuviesen de mirarlas, y que no fuesen á su casa sino por una grave necesidad, y aun así habian de ir acompañados». Cuán interesante le parecia esta advertencia, puede comprenderse fácilmente al considerar, que siendo él exactísimo en ocultar lo que por revelacion divina sabia, sin embargo juzgó mejor el manifestarlo, que dejar de dar este aviso á un presbítero que vió entrar por acaso en la Iglesia nueva; llamóle el santo Padre, aunque no le conocia, y le dijo «no ser conveniente á un sacerdote, aunque fuese santo, el tratar tan familiarmente con mujeres, y que así procurase abstenerse de ello en lo sucesivo»; de cuyas palabras quedó admirado el presbítero, no pudiendo comprender cómo habia penetrado este hecho. Aconsejaba esto mismo aun á

los que ya eran viejos, pues que siempre debian temer y huir las ocasiones. Finalmente decia que no imitasen su ejemplo, porque él habia recibido del cielo gracias que no se conceden á todos.

A los jóvenes les encargaba que huyesen de las malas compañías, del ócio y de la molicie. Preguntándole uno: *Magister, ¿quid faciendo castitatem possidebo?* le respondió, «que mortificando la carne»: y al efecto le mostró las cadenillas de hierro con que él se disciplinaba. Además exhortaba á los mismos á que frecuentasen la oracion y los Sacramentos, particularmente el de la Penitencia. Advertia á todos en general que la humildad es la custodia mas fiel de la pureza, y que por esto, cuando se veia caer á los demás, no debia uno despreciarlos ni ensoberbecerse por estar en pié; sino compadecerlos y reconocer que á Dios es á quien se debe la gracia de no caer; pues que siendo tanta nuestra fragilidad jamás estamos mas próximos al peligro que cuando no le tememos; y que el no compadecer á los caidos era señal de caer pronto. Que se descubriesen al punto al confesor todas los tenta-

ciones, los sueños torpes y todos los pensamientos contra la pureza; porque cuando se descubre la llaga al médico, prontamente se cura. Que se guardasen de abrazar y besar á los niños, aunque fuesen parientes, y aun de hacer fiestas á los animales, aconsejando esto particularmente á algunos señores ingleses, que fueron á despedirse de él para volverse á su patria. No le agradaba que los niños jugasen con las hermanas de su edad. Así pues, un jóven penitente del P. Angel Velli que acostumbraba á hacer esto, y que no hizo caso de la advertencia de su confesor, escandalizándose de ella, fué á verse con el santo Padre, como le mandó aquel. Luego que le vió Felipe le preguntó qué estudiaba en la actualidad; y contestándole el jóven que *lógica*, tomó el Santo argumento de su respuesta para convencerle, diciéndole « que el demonio, como lógico consumado, dá reglas para hacer abstracciones, y para decir : *mujer, y no hermana* »; con cuyas palabras quedó convencido el jóven. Finalmente en las tentaciones de impureza aconsejaba que se recurriese al punto á Dios con jaculatorias, como *Deus in adjutorium*

meum intende: Cor mundum crea in me Deus; y contra las tentaciones nocturnas recomendaba que antes de echarse en la cama, se recitase el himno *Te lucis ante terminum;* y sobre todo decia, que en la guerra contra la lujuria vencian siempre los mas cobardes, por ser los que mas huyen.

CAPÍTULO XX.

De la admirable abstinencia y otras mortificaciones con que afligia Felipe su cuerpo.

Quien hubiese visto á Felipe continuamente con la *Vida de santa María Egipciaca* en la mano y leyéndola á todas horas, acaso hubiera creido que habiéndola imitado primero en las culpas, deseaba despues imitarla en la penitencia. Pero él, siempre inocente, la tomó por modelo de austeridad y penitencia. Serviase de esta, no como medicina de los males contraidos, sino como antídoto y preservativo de los que podia temer. Ya desde el principio hemos referido la maravillosa abstinencia con que afligió su cuerpo en los primeros diez años